

Comentarios al Libro “La Escuela de Chicago”, editado por Francisco Rosende

23 de Agosto 2007

Quisiera agradecer al Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, señor Francisco Rosende, por la invitación que me ha efectuado para comentar este libro sobre un capítulo significativo de la historia de Chile.

El libro presenta el valioso testimonio de 13 economistas a lo largo de igual número de capítulos, sobre el significado que este Convenio entre la Universidad Católica y la Universidad de Chicago tuvo para ellos, y para el país en general.

Los autores analizan la esencia de las enseñanzas obtenidas y se plantean si en su área existió, o existe aún, una Escuela de Chicago que se distinga del resto.

Los relatos se extienden entre 1956 y fines de la década del 90. El libro se divide convenientemente en dos partes. La primera está compuesta de 3 capítulos, y describe el clima intelectual que encontraron en la Universidad de Chicago los estudiantes becados desde fines de la década del 50 hasta finales de la década del 90.

La segunda parte del libro describe los rasgos característicos de la enseñanza e investigación que observaron los autores en los principales campos de la economía durante su estadía en la Universidad de Chicago.

Por mi formación, pondré mayor énfasis en aquellos temas más cercanos a la Macroeconomía.

Vamos a revisar estos relatos, partiendo por la descripción del ambiente intelectual que encontraron los becados en la Universidad de Chicago en diferentes períodos de estos últimos 50 años.

En el primer capítulo **Dominique Hachette** describe la realidad económica de Chile al momento de emprender sus estudios de postgrado. La inflación persistente es un síntoma inequívoco de inestabilidad macroeconómica. Pero también existen distorsiones cambiarias, arancelarias, y numerosas fijaciones de precios.

El aprendizaje en Chicago no puede ser más atinente para entender los problemas de Chile. Este enfatiza la estabilidad macroeconómica, la integración al mundo y la importancia de los mercados como mecanismos de asignación de recursos.

El Departamento de Economía de la Universidad de Chicago se encontraba en aquella época en uno de los mejores momentos de su historia. Profesores como Lloyd Metzler, Gregg Lewis, Theodore Schultz, D. Gale Johnson, Milton Friedman, George Stigler, Gary Becker, Sherwin Rosen, Robert Fogel, H. G. Johnson, Robert Mundell, y Arnold Harberger, esperan a los estudiantes chilenos. Seis de ellos obtendrían el Premio Nobel algunos años más adelante. Otros cuatro se sumarían a ellos en décadas posteriores: Merton Miller, Ronald Coase, Robert Lucas y James Heckman. (Dos más pasaron una parte de su vida académica en la Universidad de Chicago: Friedrich von Hayek y Myron Scholes).

Necesitamos sumar los premios Nobel obtenidos por todos los profesores de MIT, Harvard, Yale y Princeton para equiparar los 10 obtenidos por la Universidad de Chicago.

Los pilares de este equipo son indudablemente Milton Friedman y George Stigler. La visión que comienza a configurarse en ese período es la de una escuela con fuerte compromiso con la ciencia positiva, una combinación entre análisis teórico y verificación empírica. El Departamento de Economía de la Universidad de Chicago es antikeynesiano, particularmente en su interpretación de la Gran Depresión. Y proyecta la imagen de una Escuela-Fortaleza, aislada y políticamente incorrecta.

Pero en medio de este “espléndido aislamiento”, un equipo de excelencia comienza a revisar muchas de las conclusiones aceptadas por la profesión, mostrando toda la potencia y la versatilidad del aparato metodológico de la ciencia económica.

Ello ocurre en Macroeconomía, Microeconomía, Comercio Internacional, Economía Laboral, Organización Industrial, y otros campos.

Dominique destaca la influencia en su formación de Milton Friedman, George Stigler, Theodore Schultz y Harry Johnson, pero lugar aparte tienen Gregg Lewis y Arnold Harberger, por ir más allá del deber, y transformarse en amigos, aliados y mentores intelectuales.

En el segundo capítulo **Francisco Rosende** cubre el período de los años 80, cuando los primeros profesionales egresados de la Universidad de Chicago ya lideraban un proceso de transformaciones inédito en la economía chilena, que devolvió al mercado la tarea de asignar recursos, integró a la economía al mundo y terminó con la inestabilidad macroeconómica.

Esta era una época de gloria para la Universidad de Chicago. Cosechaba el éxito de los postulados de Friedman sobre la curva de Phillips, que se demostraron correctos, en contraposición a la visión prevaleciente en el Este de EEUU. Sin embargo, el principal foco de atención en esta década era la revolución de las expectativas racionales que había desatado el Profesor Robert Lucas.

Rosende describe asimismo la gran tensión que acompañaba al período de preparación de los exámenes de Teoría a fines del primer año, conocido como el Core. Sin embargo, esta generación de estudiantes llegaba a Chicago con una preparación más avanzada que los primeros becados, lo cual era un fruto del Convenio.

Los estudiantes chilenos mostraban predilección por los campos con mayor cercanía a las decisiones de política relevantes para Chile. Así, las líneas de Economía Internacional –ahora bajo la conducción de Frenkel y Mussa-, la de

Desarrollo Económico –liderada por Harberger, Sjaastad y D. G. Johnson-, y la de Economía Laboral, con Rosen y Heckman, concentraban el interés de los estudiantes chilenos.

Durante este período, la preocupación por los estudiantes chilenos y la realidad latinoamericana era evidente a nivel de los profesores de la Universidad de Chicago, especialmente en el caso del Profesor Harberger.

Francisco Rosende nos recuerda, sin embargo, que en pocos años se pasó de la euforia a la crisis, luego de desatarse lo que hoy conocemos como la Crisis de la Deuda a comienzos de la década del 80, la más severa después de la Gran Depresión, que golpeó con inusitada severidad a la economía chilena. La crisis transformó en poco tiempo a los héroes en villanos, a ojos de la opinión pública. Conjuntamente con ello, el interés por estudiar en la Universidad de Chicago se redujo.

Ello no obstante que, como dice Rosende, en la segunda mitad de los 80 los “Chicago” estaban de vuelta en el diseño de la política económica chilena, esta vez bajo la conducción de Hernán Büchi.

Otros cambios contribuyen a reducir el flujo de chilenos: durante este período la Universidad de Chicago reduce significativamente el número de cupos para estudiantes de doctorado, y tal vez más importante, el mejor amigo de Chile, Arnold Harberger, se muda a California.

En el tercer capítulo **Rodrigo Cerda** nos da una visión de la Universidad de Chicago en la década del 90. El programa de doctorado presenta cambios significativos, partiendo por un fuerte énfasis en la investigación, ahora con mayor interés en desarrollos teóricos que aplicados. Las diferencias más significativas se dan en Macroeconomía, que enfatiza la construcción de modelos de equilibrio general con fundamentos microeconómicos. Ello supone el uso de la programación dinámica, de alta complejidad.

El recambio en Microeconomía también lleva a un enfoque con fuerte énfasis matemático, aunque Becker y Murphy mantienen el interés por la economía aplicada. También se observa un gran desarrollo del análisis micro-económico, que se plasma en dos líneas de investigación: la de Heckman y la de Levitt, Duggan y Greenstone. Son estos los que mantienen el interés por la economía aplicada.

Las líneas de Desarrollo Económico y Economía Internacional virtualmente han desaparecido del currículo.

La segunda parte del libro describe los rasgos característicos de la enseñanza e investigación en los principales campos de la economía, a juicio de sus autores.

Así, en el Capítulo 4, **Ernesto Fontaine**, uno de los primeros becarios del Convenio, se centra en el estudio de Evaluación Social de Proyectos en la Universidad de Chicago. Este enfoque metodológico es uno de los legados más importantes del Profesor Harberger, y donde el propio Ernesto Fontaine hizo una contribución significativa. El desarrollo de Precios Sociales a la Harberger es hoy la metodología aceptada por los principales organismos internacionales.

La contribución de esta metodología al notable crecimiento que ha experimentado Chile en los últimos 30 años es significativa. La creación de un Sistema Nacional de Inversión, unido a la capacitación de más de 6.000 funcionarios públicos, explica sin duda una parte significativa del extraordinario crecimiento de la productividad total de factores (PTF) que ha experimentado Chile en este período.

A continuación, en el Capítulo 5, **Rolf Lüders y Francisco Rosende** presentan su visión acerca de la enseñanza de Teoría Monetaria en la Universidad de Chicago.

La Universidad de Chicago participa activamente en los debates sobre Teoría y Política Monetaria antes de la Gran Depresión.

Pero el monetarismo propiamente tal surge con la figura de Friedman. Este lleva la influencia de Chicago a su apogeo con su estudio sobre la Gran Depresión. En este Friedman responsabiliza a la política monetaria de la profundización de la crisis. Esta posición es hoy una evidencia indiscutida. Ello conduce a Friedman a proponer la Teoría Cuantitativa del Dinero como regla para la conducción de la política monetaria. Friedman muestra desconfianza en las políticas de estabilización, y de allí su preferencia por una regla que reduzca el espacio para la discrecionalidad. Sin embargo, la propuesta de una tasa de expansión constante de $k\%$ anual para el dinero no goza de mayor atractivo en la actualidad, porque depende críticamente de la estabilidad de la demanda por dinero, lo que no se da en el corto plazo.

Friedman embiste a continuación en contra de la curva de Phillips, en su célebre trabajo de 1968. Este cobra gran importancia a comienzos de la década del 70, cuando la inflación se acelera, y para sorpresa de muchos, el desempleo se incrementa también.

Esta experiencia la viví a mediados de los años 70 como alumno de postgrado en MIT. Primero fue la admisión de mi profesor de Macroeconomía, Robert Hall, que la curva de Phillips de largo plazo era, después de todo, vertical: Friedman tenía razón. La presencia simultánea de alta inflación y desempleo obligó a revisar el paradigma macro prevaleciente, consistente en el modelo IS-LM más la curva de Phillips.

La hipótesis de tasa natural de desempleo pone en un lugar central la formación de expectativas, hasta ese momento basadas en expectativas adaptativas. Lucas introduce el concepto de expectativas racionales, con un profundo impacto en Chicago y en la profesión. Su crítica a los modelos macroeconómicos convencionales es tan significativo que da lugar a una nueva agenda metodológica.

Fui testigo de esta revolución como alumno de postgrado en MIT. Observé el enorme interés que generó la obra de Lucas, lo que se vió reflejado en las tesis de doctorado, que silenciosamente se hacían cargo de su crítica a la macroeconomía tradicional, pese al escepticismo inicial de algunos profesores.

La Macroeconomía nunca más sería la misma después de Lucas.

La nueva agenda consiste en construir modelos que superaran la crítica de Lucas, esto es, modelos de equilibrio general competitivos, dinámicos y estocásticos. Puedo decir que el Banco Central ya posee un modelo con estas características, que complementa a los modelos tradicionales.

Hoy esta agenda es compartida por las principales universidades de EE.UU.

La consecuencia más directa de este cambio de agenda en Chicago es que se produce un cambio de énfasis, por una parte, desde temas de política económica hacia un trabajo más teórico y menos cercano a la discusión de políticas. Y por otra parte, desde el análisis de equilibrio parcial marshalliano, hacia uno de equilibrio general.

A raíz de la influencia de Lucas, se ha producido una convergencia creciente en este plano con otros centros de estudios.

Los autores citan una entrevista a Nancy Stockey, profesora de Chicago y esposa de Lucas, quien manifiesta que a raíz de dicha convergencia, en la actualidad ya no existe una Escuela de Chicago distintiva en Macroeconomía. Para ella esa Escuela, cuando existió, estuvo asociada a George Stigler y Milton Friedman.

Stockey cree que el resto del mundo se ha movido en dirección al punto de vista de Chicago, y como resultado, la U. de Chicago ya no es diferente al resto del mundo.

No podría estar más de acuerdo.

En el Capítulo 6, **Juan Andrés Fontaine** presenta una perspectiva personal sobre los estudios del desarrollo y la Escuela de Chicago.

En opinión del autor, se pueden detectar una serie de importantes mensajes para el desarrollo económico en las enseñanzas que le correspondió percibir en Chicago. Uno muy importante es el rol de los incentivos en el comportamiento humano, como enfatiza Becker. Otro es la importancia de tener derechos de propiedad bien definidos, como sugiere Coase. El trabajo ya reseñado de Lucas sobre la formación de expectativas es sin duda trascendental. De él surge la idea de la optimalidad de las reglas de política. Estas reglas permiten predecir el comportamiento de los mercados. Para ello las reglas deben tener objetivos claros y las políticas económicas deben estar sujetas a pautas institucionales precisas.

La Universidad de Chicago de aquella época tenía un interés no solo por la ciencia positiva, sino que participaba muy activamente formulando recomendaciones de política económica, esto es, haciendo economía normativa. Esta tradición precedía a Friedman, pero éste y Lucas fueron sus principales exponentes. Sus propuestas eran invariablemente de orden institucional, privilegiando reglas por sobre la discreción.

Arnold Harberger lideraba en su opinión el grupo que abogaba a favor de involucrar a los economistas en la evaluación y el diseño de políticas económicas.

A este grupo se sumaban Theodore Schultz, D. Gale Johnson y Larry Sjaastad.

Especial interés para los países de América Latina de la época eran los desafíos de controlar la inflación y la apertura al comercio internacional.

En este sentido la Universidad de Chicago entregó un valioso apoyo intelectual. Esta no solo ofreció una crítica a la Estrategia de Sustitución de Importaciones, sino también a los Acuerdos de Integración Regional. Las recomendaciones, eran menos favorables a la liberación de los controles a los movimientos de

capitales internacionales. Harberger, en particular, era partidario de esperar para cuando los equilibrios macro estuvieran consolidados y las estructuras del mercado de capitales fuesen sólidas. Ello tuvo decisiva influencia en la decisión de Chile de postergar su integración financiera al exterior.

Esta preocupación preferente por la inestabilidad macroeconómica y el proteccionismo como los principales problemas de América Latina fue refrendada después por el Consenso de Washington y la agenda de los organismos internacionales, incluyendo a la propia CEPAL, que otrora fuera el soporte intelectual de la sustitución de importaciones.

El fruto de estas reformas institucionales se pueden describir, de acuerdo a Juan Andrés Fontaine con tres parámetros, una inflación meta permanente de 3%, un arancel promedio que alcanza a un 2% y un PIB por habitante que bordea hoy los US\$ 9.000, el más elevado de América latina, y más de tres veces el de 1980.

Luis Felipe Lagos y Antonio Recabarren describen en el Capítulo 7 su visión sobre la enseñanza de Economía Internacional en la U. de Chicago.

Aquí el sello de la Escuela de Chicago se daba en el área de Macroeconomía del Comercio Internacional.

La contribución de Chicago a esta literatura se inició con el trabajo pionero de Robert Mundell, que extendió el modelo IS-LM a una economía abierta.

Su trabajo posterior sobre áreas monetarias óptimas sigue siendo el punto de referencia para la elección de sistemas cambiarios.

El posterior desarrollo del Enfoque Monetario de la Balanza de Pagos corresponde a los discípulos de H.G. Johnson y R. Mundell: Rudiger Dornbusch, Jacob Frenkel y Michael Mussa. Este enfoque, tuvo una fuerte influencia en el diseño de la política macroeconómica del Cono Sur de América Latina, y particularmente en la recomendación de adoptar un régimen de cambio fijo. Pero esta visión no puso la necesaria atención a las condiciones necesarias para

sostener un régimen de cambio fijo bajo condiciones adversas. Tampoco pudo anticipar los problemas de riesgo moral que se produjeron en el sistema financiero a partir de dicho régimen.

Al pasar el mundo a un sistema de tipos de cambio libre, la atención de los profesores de economía internacional en Chicago se dirigió en dos direcciones: la primera y muy exitosa, fue la de concebir al tipo de cambio como un activo. Ello, particularmente a través del trabajo de Dornbusch, pero también de Frenkel y Mussa, es hasta hoy el estado del arte a la hora de explicar la evolución de los tipos de cambio corto plazo, y particularmente, su volatilidad.

La segunda línea de investigación se orientó al diseño de lo que se denominó el Enfoque Monetario del Tipo de Cambio. Esta línea, al ignorar que el tipo de cambio también depende de variables reales, sólo tiene un poder predictivo razonable en períodos de inflación elevada, donde los efectos reales son relativamente pequeños.

La línea de Economía Internacional fue un sello distintivo de la Universidad de Chicago desde Jacob Viner, y alcanzó su máximo brillo con H.G. Johnson y Robert Mundell. Sus discípulos fueron igualmente destacados, y aquí quiero destacar a uno en particular, prematuramente fallecido: Rudiger Dornbusch, autor de mejor paper de Economía Internacional del Siglo XX, en opinión de Kenneth Roggoff.

Lamentablemente, esta área virtualmente ha desaparecido luego de que Frenkel y Mussa abandonaron el Departamento de Economía a fines de los 80.

En el Capítulo 8, **Cristián Larroulet** aborda el aporte de la Universidad de Chicago en las políticas microeconómicas y la redefinición del rol del Estado en Chile.

El autor destaca los avances que ha experimentado el país en el plano microeconómico, especialmente en el área de la libre competencia y la regulación de los mercados. En ello tienen una influencia directa los trabajos de George

Stigler en el plano de la regulación económica y la organización industrial. Otra influencia clave es la de Ronald Coase, con su notable contribución sobre los costos de transacción y la búsqueda de soluciones de mercado a las externalidades. Sam Pelzman, Lester Telser y Richard Posner hacen también aportes significativos.

Cristián Larroulet cree que Chicago sí representó una Escuela en el área de Microeconomía, especialmente a partir de las obras de Demsetz y Telser. El tema central de esta escuela es una fuerte confianza en el rol de los mercados.

La legislación chilena refleja el aporte de la Universidad de Chicago, en opinión del autor. Las regulaciones en el área eléctrica, de telecomunicaciones y agua potable ha sido diseñada teniendo muy presente el riesgo de captura del regulador por parte del regulado, como enfatizan Stigler y Pelzman.

Para reducir las posibilidades de distorsiones, se introdujo el concepto de empresa modelo, tarifando de acuerdo a Costo Marginal.

Las políticas de promoción de la competencia, reduciendo barreras a la entrada, liberalizando precios y creando una institucionalidad de la libre competencia, son otra muestra de esta influencia.

Sin duda el principal aporte a favor de la competencia fue la apertura de la economía al exterior.

Asimismo, el diseño de las instituciones reguladoras en mercados con asimetrías de información, externalidades o tendencias monopólicas contiene características comunes: obligación de informar, alto nivel técnico y discrecionalidad acotada. Ello se traduce en decisiones de calidad técnica y con bajo riesgo de captura.

El elemento central detrás de la visión de Chicago es su optimismo sobre la racionalidad de las personas a la hora de tomar decisiones y su escepticismo sobre la capacidad del Estado para hacerlo en su lugar.

Hoy el sector privado participa en áreas que en el pasado estaban reservadas para el Estado, como las obras de infraestructura portuaria, de aeropuertos, carcelaria, vial, y posiblemente en la construcción y operación de hospitales públicos en el futuro.

En el Capítulo 9, **Víctor Lima** describe el aporte de Gary Becker y su Teoría de las Decisiones Racionales.

Esta parte de la base que los individuos actúan por propio interés y utilizan recursos limitados de la mejor manera posible para alcanzar sus metas.

Con esta metodología Becker ha dado forma a nuestra manera de pensar sobre prácticamente todas las áreas del actuar humano, desde el matrimonio y tener hijos, hasta el crimen.

Ello ha tenido una importante incidencia en la formulación de políticas públicas alrededor del mundo.

En el Capítulo 10, **Claudio Sapelli** pasa revista a la influencia de la Economía Laboral de Chicago.

En su opinión, la economía laboral moderna se funda en la Universidad de Chicago, dejando atrás el enfoque institucional previo a los años 50, y reemplazándolo por uno basado en la teoría económica. Cuatro fueron los pioneros de este movimiento: Gregg Lewis, Gary Becker, Jacob Mincer y George Stigler.

Claudio recibe la influencia de los discípulos de estos, Sherwin Rosen y James Heckman.

Lewis inició el estudio de los sindicatos, utilizando la teoría económica. Becker es uno de los pioneros de la teoría del capital humano, y Stigler desarrolla la teoría de la búsqueda en el mercado del trabajo.

El aporte de Heckman, quien se ha especializado en el estudio econométrico de la microeconomía, ha dado lugar a grandes aportes en el plano de la economía laboral. Sus estudios sobre el impacto de la educación superior en los salarios demostraron que esta tiene un impacto mayor al reflejado en estudios previos. De particular importancia para Chile son sus estudios sobre el rol de las familias y la capacitación en el trabajo y su impacto sobre la generación de capital humano. También es de gran interés la literatura sobre tecnología de formación de habilidades, donde descubre la importancia de una intervención temprana si se desea potenciar dichas habilidades, algo que también destaca Arístides Torche en el Capítulo 13.

En el Capítulo 11, José Francisco García y Víctor Lima describen el programa de **Análisis Económico del Derecho (AED)**, que nace en Chicago a fines de la década del 50 al amparo de la Facultad de Derecho. Esta disciplina estudia el rol del Derecho como un medio para cambiar los precios relativos vinculados a acciones alternativas. La economía incorporó así el rigor analítico necesario para el estudio crítico de un sistema legal.

Alternativamente puede entenderse al AED como la utilización de la teoría económica para analizar el efecto de las reglas y doctrinas legales. Finalmente, desde el punto de vista normativo, el AED trata de identificar cuales deberían ser las reglas óptimas, utilizando la eficiencia como guía.

El movimiento detrás del AED en Chicago tiene a Ronald Coase y Richard Posner –un Juez de la Corte de Apelaciones- como sus máximos exponentes. William Landes es otro destacado miembro de este grupo.

En el Capítulo 12, **Julio Gálvez** relata su experiencia como estudiante de Finanzas en la Universidad de Chicago. Una de las características de la Escuela de Negocios de la U. de Chicago es la aplicación de los conceptos de la teoría económica al análisis de los negocios. Otra característica saliente es una profunda convicción acerca de la eficiencia de los mercados, visión que hoy se encuentra internalizada en el mundo de los negocios. Si bien el primer hito de la

Teoría de las Finanzas es la publicación del trabajo de Harry Markowitz, “Portfolio Selection”, el padre de las Finanzas Corporativas modernas es Merton Miller. Myron Scholes, coautor del modelo de valoración de opciones junto a Fischer Black, fue otro profesor destacado de este período. Un tercer exponente de la línea de Finanzas es Eugene Fama, autor de la influyente Teoría de los Mercados Eficientes.

Los aportes de Miller, Scholes y Fama son hoy parte fundamental de la enseñanza de Teoría de Finanzas en el mundo entero.

Por último, en el Capítulo 13 **Arístides Torche** nos entrega su visión sobre la línea de investigación en capital humano de la Universidad de Chicago.

El marco conceptual de la Teoría del Capital Humano surge en la U. de Chicago con los trabajos de T. Schultz y G. Becker. Este último extiende este marco al análisis de la familia, la delincuencia, la equidad, la oferta de trabajo y los programas de capacitación.

Posteriormente Rosen extiende el análisis a la oferta de trabajo y los salarios de los deportistas estrella.

El análisis empírico de la rentabilidad de los programas sociales corre por cuenta de los profesores Harberger y Heckman.

De esta línea de investigación surgen una serie de conclusiones de gran trascendencia para el diseño de políticas sociales.

Tal vez lo más interesante para Chile es que el capital humano juega un rol importante en el análisis de la pobreza y los estudios de crecimiento.

El capital humano depende de la salud física y mental, del vigor y perseverancia de una persona. Pero este se deprecia a través del tiempo. Debido a la complementariedad entre estos factores, la vida útil del capital humano está definido por el eslabón más débil de esta cadena. Esta situación es más crítica en

el caso de personas pobres, cuya fuente de riqueza más importante se encuentra en su salud, vigor y habilidades.

Otro desarrollo interesante que surge de los estudios de Heckman, es la evidencia del impacto positivo y significativo de la inversión en niños a edades tempranas. El impacto de la educación en habilidades no cognitivas como motivación, autocontrol y preferencias temporales, así como el efecto compuesto de estas variables en niños vulnerables, es sustancial.

Algunas Reflexiones Finales

La importancia del Convenio firmado 50 años atrás entre la Universidad Católica y la Universidad de Chicago con el auspicio de AID es incuestionable. Sus beneficios, para el país, sin duda de gran envergadura. Basta mirar el progreso que ha evidenciado Chile en materia de crecimiento, reducción de la pobreza, estabilidad macroeconómica y solidez institucional para apreciar la magnitud de lo alcanzado. El país ganó 15 a 20 años de desarrollo económico gracias a las reformas implementadas.

Pero yo quiero detenerme más bien en los actores que hicieron esto posible y en las muy especiales circunstancias que posibilitaron su éxito.

No cabe duda que los principales problemas que enfrentaba Chile en la década del 70 eran su crónica inestabilidad macroeconómica, el proteccionismo arancelario y la fuerte intervención del gobierno en la vida económica. Es particularmente notable que a la hora de emprender reformas haya sido la Universidad de Chicago –con su fuerte tradición de confianza en los mercados y su énfasis en la economía aplicada- la que entregó el sustento intelectual a estas reformas. Pienso que si no hubiera existido la convicción profunda sobre las ventajas de la apertura al comercio internacional, este proceso no se hubiera completado, por el enorme poder de los grupos afectados. Chile pasó así de ser la economía más protegida de América Latina, a ser la más abierta.

Pero el proceso de reformas chileno no fue solo un asunto de convicciones. También hubo aquí un ingrediente de coraje personal que resulta inescapable. Las personas que llevaron adelante este proceso no se doblegaron ante presiones ni amenazas, guiados esencialmente por su convicción. Fueron, en suma, muy valientes.

Quiero esta noche terminar mis palabras haciendo un reconocimiento al artífice de este Convenio, Arnold Harberger, y también al arquitecto de estas reformas, un chileno valiente, Sergio de Castro.

Muchas gracias.